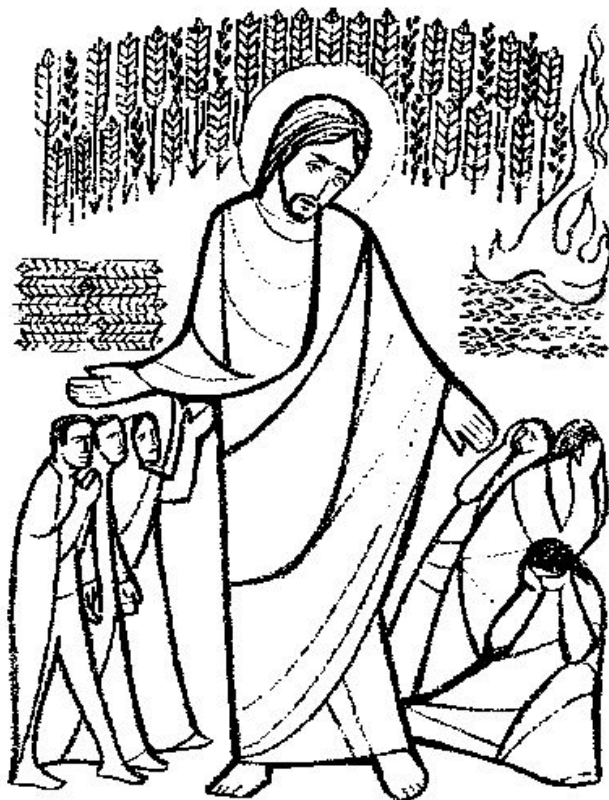


# Domingo 16

del año “A”

Sa 12,13-19 + Rm 8,26-27 + Mt 13,24-43



■ **El bien y el mal coexisten en nuestro mundo (el trigo y la cizaña).** En tiempo de Jesús corría una mentalidad de que la llegada del Reino era inminente y que el Mesías iba a acabar con el mal. Jesús corrige esta visión del judaísmo. La parábola de la cizaña contrapone dos actitudes: la impaciencia del hombre y la paciencia y espera de Dios. Ambas, ante un hecho evidente: el mal existe en el mundo. Es preciso contar con el misterio del mal; pero lo que llama la atención es que crecen juntos. En el Reino de Dios hay que tolerar la presencia de lo bueno y de lo malo como Dios lo tolera, respetando la libertad.

El Reino de Dios es universal, en él no hay judíos ni griegos, esclavos y libres; pero, no sólo es universal en sentido geográfico, sino también en la desaparición de barreras entre personas. En este sentido, universalismo significa supresión de fundamentalismos, de toma de posiciones cerradas, intolerantes, impregnadas de celo fanático, ya que el trigo y la cizaña también se encuentran en uno mismo. Ahora bien, la tolerancia tampoco significa «todo vale», ya que la cizaña no es lo mismo que el trigo y que hay que luchar para que la cizaña vaya desapareciendo; pero no todo procedimiento vale, según el evangelio.

Dos puntos se han de acentuar, según la explicación que nos da el evangelio a la parábola; el primero: el mal no proviene del Mesías, sino de un enemigo que se opone al proyecto de Dios sobre la humanidad, si bien la última palabra la tiene Dios, y su palabra es una palabra de vida, de amor y de misericordia. El segundo punto: la buena semilla no es una doctrina, ni un principio moral, ni una ley, sino «los ciudadanos», los partidarios del Reino, los que han hecho suyo el mensaje de las bienaventuranzas.

En contraposición aparecen los secuaces del Maligno, es decir, los que siguen el programa opuesto, sintetizado en las tentaciones: los partidarios del poder, del prestigio, de las riquezas. El mal, al que hace referencia la parábola, no se ha de identificar sólo con los sistemas existentes, sino también, y sobre todo, con los falsos profetas. La contradicción entre trigo y cizaña existe y existirá dentro de la comunidad cristiana. Los secuaces del Maligno (cizaña) son, según Mateo, los que se arrojan un rango, despreciando a los demás; los que usan de sus dones para utilidad o prestigio propio y no para el bien de los otros, principalmente de los pequeños y débiles.

■ **Grano de mostaza.** No están justificados ni el fundamentalismo e intolerancia (cizaña), pero tampoco está justificado el triunfalismo. El ideal de la comunidad cristiana es ser una gran familia, cuanto más grande mejor, pero nunca un imperio. Jesús contradice la ideología mesiánica nacionalista, y se opone a la esperanza de grandeza triunfalista de sus paisanos e incluso de sus discípulos. No, el Reino de Dios, tal como Jesús lo presenta, no se parece a un gran cedro frondoso plantado en un monte encumbrado, sino a un modesto arbolillo más ancho que alto para acoger a cuantos, procedentes de cualquier lugar, busquen la hospitalidad de su sombra. Para ponderar la grandeza de lo pequeño, pero lleno de energía, se compara con el grano de mostaza. Esta es la grandeza que Jesús propone a su grupo de seguidores: una inagotable capacidad de acogida para poder ser el lugar de encuentro de todos los hombres que busquen compañía, comprensión, amor, solidaridad.

■ **La levadura.** Esta parábola completa la del grano de mostaza. Ésta se ha fijado en el aspecto visible; en cambio, la de la levadura, en su acción invisible, en toda esa vida que no la vemos. Sólo vemos sus efectos. Por eso, todo lo anterior no significa que la comunidad cristiana, la Iglesia, renuncie a intervenir en la marcha de la humanidad. Pues, ésa es su misión: intervenir en la marcha de la historia, empujando para que esa historia marche en la dirección que señala el proyecto de Dios. Pero, no de cualquier manera.

El Evangelio no se puede imponer por la fuerza o coacción, ni el mensaje de Jesús no se puede reducir ni a una ideología socio-política, ni tampoco a un puro espiritualismo.

El mensaje se ha de encarnar en la vida, y la comunidad cristiana debe influir en la transformación de la sociedad humana con su vida, siendo signo; viviendo en medio de la sociedad civil y mostrando que es posible una nueva alternativa de vivir, de tal modo que quienes se ponen en contacto con la comunidad o con alguno de los cristianos vayan conociendo este estilo de vida, se convenzan de que esa manera de vivir es la que realmente interesa a las personas de nuestro tiempo.

Pero, en el fondo lo que las parábolas están reflejando y revelando es una imagen de Dios, muy diferente de la del judaísmo. No es un Dios triunfador, sino humilde; y dentro de la historia su obra no es esplendorosa, sino modesta (mostaza), no se hace sin obstáculos, sino entre ellos (cizaña). El amor es al mismo tiempo fuerte y débil.